

Fuera de VALIJA

LO QUE NO PUEDEN HACER

LOS TIRANOS

4 marzo 1946

DE ciertas manifestaciones hechas ante el Consejo de Seguridad, sobre el caso de España, por sir Alexander Cadogan, podemos sacar la siguiente conclusión: un tirano puede hacer en su país cuanto se le antoja; lo puede hacer todo, por monstruoso y criminal que sea; todo... menos fabricar bombas atómicas. Puede matar, robar, encarcelar, perseguir, desterrar, amedanzar, corromper a la juventud, prisionar a todos los ciudadanos de libertad, faltar a todos los mandamientos de la ley de Dios, vender a su patria, profanar los templos, traicionar su palabra, soltar a sus moros para que violen mujeres en las aldeas conquistadas, fusilar poetas, quemar bibliotecas, destruir escuelas, dilapidar a los muertos, martirizar a los huérfanos y a las viudas, pelear de patria a costaneros de miles de familias, matar de hambre al pueblo, enriquecerse a costa de la miseria ajena; todo lo puede hacer, menos fabricar bombas atómicas. La situación sería gravísima para los tiranos, si cualquier "general cristiano", al levantarse en armas para implantar su tiranía, arrojase a sus consiliarios diciéndoles: "¡Vamos a desintegrar el átomo!" Por fortuna para los tiranos, nunca han cometido estos tal extravagancia. Cuando un "general cristiano" emprende la trágica aventura de su tiranía, lo que ofrece a sus secuaces es, precisamente, el robo, el asesinato, la persecución de sus enemigos, la esclavitud y el hambre del pueblo; ofrece todo lo que puede ofrecer un tirano; todo, menos dedicarse a investigaciones secretas sobre la energía nuclear.

Un tirano debe experimentar un extraño regocijo cuando, en pleno ejercicio de su tiranía, mientras mata, roba, persigue, destierra y viola, en el momento mismo en que espera el castigo de sus crímenes y la sanción implacable dictada por la conciencia universal, se encuentra con que lo único que le parece mal a Sir Alexander es que el tirano pueda fabricar bombas atómicas. La cosa es tan absurda como lo sería, por ejemplo, que el asno del robo de un reloj en un autobús se viera condecorado ante la sospecha de que construya dirigibles o acorazados de 32.000 toneladas en el terrazo de su casa. Cuando la policía lleva ante el juez a un delincuente común, preso por haber agredido o haberle quitado la cartera a un semejante, nunca ocurre que el magistrado pregunte al malhechor si dis-

pone en su cuarto de una instalación industrial para producir aviones de bombarderos o catenets de ocho patadas.

Ni aun en los más disparatados diálogos del método Ollendorf para aprender idiomas se ha llegado jamás a tan grande incongruencia. Al lado de lo manifestado ahora ante el Consejo de Seguridad por sir Alexander, tienen cierta lógica aquellos famosos diálogos dialécticos:

—¿Tiene el padre del hijo de mister Churchill un suceso conati de no intervención?

—No, sí; pero mister Bevin tiene el paraguas de mister Chamberlain.

Comparemos ahora, con este diálogo del método Ollendorf, el desarrollado ante el Consejo de Seguridad:

—¿Ha cometido el tirano crímenes horribles contra la vida, la libertad y la dignidad de su pueblo?

—Yes, sí; pero el tirano no pretende producir la menor poceña de energía atómica.

¿De quién se burla, pues, sir Alexander Cadogan, que, cuando se le habla de tiranía, nos contesta hablandonos del bombardeo de la materia por los neutrones? ¿Qué tiene que ver el tirano con que los fulguristas asesinen a los hombres liberales de España?

Un tirano no deja de serlo por el hecho de que no produzca bombas atómicas. Pero si las democracias perduran a los tiranos cuando éstos no producen bombas atómicas, ¿qué ocurriría si los tiranos se dedicaran, efectivamente, a producir bombas atómicas? Si llegase tal caso, veríamos a sir Alexander Cadogan abogando muy donosamente por no hacer tampoco nada contra los tiranos, por miedo de que éstos empleasen de pronto sus bombas atómicas contra el Consejo de Seguridad.

El hecho de que los tiranos no fabrican todavía esos terribles explosivos, no es una razón para que las democracias renuncien a acabar con los tiranos, sino precisamente para todo lo contrario. Las democracias, si en verdad estuvieran resueltamente dispuestas a defenderse, debían aprovechar este momento, en que los tiranos no disponen aún de bombas atómicas, para acabar con los tiranos, no porque las tiranías puedan fabricar en secreto bombas atómicas, sino por el hecho mismo de que son tiranías. Aprovechése ahora, que los tiranos no tienen sus bombas atómicas; pues si las democracias esperan a que los tiranos dispongan de bombas atómicas, entonces, ¡ah!, entonces serán los tiranos quienes acaben ¡ichivente con las democracias!

EL VALIJE

A.P.C.E.

SIG.: 1.26/1202